

EL PROBLEMA DE LA AUTONOMIA ESPIRITUAL DE LA AMERICA LATINA (1)

EN nuestro continente por mucho tiempo todavía la naturaleza será personaje de primera importancia. Quien persiga el progreso sin comprenderla hará la persecución de los hebreos a través del Mar Rojo: ella misma se convertirá en fauces y tumba para el sociólogo y el político aventurados.

En la trayectoria de nuestros avances progresistas es la *n* variable de toda fórmula evolutiva, pero siempre presente. Es el obstáculo y a la vez el impulso, es la obra muerta y a la vez la fuente de toda energía. Llanuras, cordilleras, desiertos, climas, océanos, distancias, todo en grande y en salvaje rudeza, es al mismo tiempo seno de inacabables tesoros y valla tenaz ante la marcha penetradora del hombre. En la naturaleza americana está así petrificada la historia de la humanidad venidera; habrá que despertarla a la vida con rugidos de león.

Se comprende por eso que en nuestra América el progreso tenga todavía un profundo sentido geográfico y que la descripción de las relaciones del hombre con la naturaleza tenga que hacerse aún en términos de epopeya. Campo de pioneers y sistema de colonización: esta es todavía la perspectiva futura de muchas de nuestras naciones. Toda fórmula política de gobierno fuera de esta interpretación aparecerá postiza y extraña.

Tal realidad será para las características de nuestra cultura verdaderamente americana un pie forzado, pero magnífico, grandioso, inmejorable. Aceptémosle en el tramo actual de la historia del mundo como una bendición y con la aplomante seguridad de que ese punto de partida jamás podrá ser falseado y de que será siempre el más firme resorte para alcanzar del porvenir lo que de él anhelamos. Quien entre nosotros no sea optimista levantando sus esperanzas sobre el sésamo virgen de la naturaleza americana ha de ser un elemento exótico, una lamentable destilación de las tragedias psicológicas y sociales de los mundos viejos. No nos castigemos tanto con la memorable acusación de Humboldt; yo doy a elegir entre ser el mendigo sobre un banco de oro o ser el millonario sobre la piedra del sepulcro.

Francisco de Asís es dentro del cristianismo un revolucionario hacia la izquierda; Loyola es dentro de la Iglesia un revolucionario

(1) Conferencia dada en la Universidad de Chile el 12 de Mayo último.

rio hacia la derecha. El panteísmo de Francisco impregnado de realidad humana puede darnos la imagen de un panteísmo nuestro impregnado de realismo político y social y dirigido hacia ideales de que los hombres de otra época disfrutarán. Por el contrario, Loyola frente al cristianismo equivale a la civilización artificiosa y formulista que esparce por el mundo nuestra época de militarización industrial.

Pues con el sentido de una honda misión religiosa aproximémonos a nuestras fuerzas naturales para edificar una última humanidad.

Al americano antiguo, sin mecánica y sin química,—sin técnica—la naturaleza le imponía sus moldes y él los llenaba con su vida y sus instituciones y su conducta política. Existió un ciego «*einfühlung*», y en los casos de mayor espiritualidad el hombre trascendentalizó la fauna, la flora y la tierra agreste en formas religiosas y míticas, ya dentro de la fe, ya dentro de la política. En el Perú el régimen comunitario de los «*ayllus*», el sistema de los «*mitimaes*» y los «*chasquis*» son la consecuencia de un estado social que no ha logrado todavía ningún éxito definitivo sobre la naturaleza.

Sobre tal escena y en tales circunstancias bien puede agotar un pueblo todas las formas de la civilización, es decir, bien puede haber redondeado su vida hasta matar toda posibilidad de futuro, de evolución, de trayectoria; un estado social idealmente sedentario, lleno de eternidad. Los aztecas, mayas y quechuas estaban, pues, en el final de un proceso evolutivo de siglos, y en este sentido eran más civilizados que los americanos de hoy, que viven más para el porvenir que para el pasado y forman pueblos en crecimiento.

Entonces los americanos tuvieron una autonomía espiritual. Los progresos de su última etapa fueron creados por ellos y para ellos. No importa cuáles hayan sido los orígenes de sus diversas culturas; lo real es que ya habían cumplido todos los pasos de su programa de vida y que sólo les restaba medrar y conservar. Su autonomía era el resultado de su crecimiento biológico que había llegado a cuajarse en la civilización vigilante del grupo de hombres en que descansaba el gobierno teocrático.

Durante la colonia conviven dos mundos: el de los indígenas y el de los españoles apenas vinculados sociológicamente por el puente de los criollos y mestizos. No existe ningún diálogo entre las dos razas; por el contrario, en el alma indígena hay una silenciosa desconfianza y un odio contenido contra el usurpador.

La clase extranjera conquistadora se divorcia de la naturaleza. En la hora de la calma después de las guerras de penetración y de las luchas entre los conquistadores la sociedad española se entrega a las complacencias de la vida de las ciudades. El sistema de las encomiendas resuelve fácilmente el problema económico, quedando como única preocupación del español el inspeccionado de las tierras y pueblos de indios que se le habían señalado. Hay, pues, en la sociedad extranjera una evasión de la naturaleza. Por eso logra fielmente repetirse en la vida de las ciudades el tono, la ostentación y la psicología de la vida española peninsular. La sociedad española vivió transplantada durante tres siglos.

Sensualismo, ociosidad, escasez de preocupaciones. Entonces se comienza a dar importancia a los hechos frívolos, a los que la curiosidad y la fantasía transforman en temas de los que no puede prescindir el que quiere vivir al día. El «perricholismo» hace de esta manera intensa y elegante la pequeña vida de aldea.

Los tres siglos de coloniaje constituyen una especie de enorme vacío entre una civilización cuya muerte se había precipitado con la conquista y una cultura que debía comenzar con formidable empuje y personalidad. Una rebelión contra el poder gobernante de la metrópoli trajo una revolución en los sistemas políticos. Los ideales republicanos y democráticos de entonces eran el anticristo de toda civilización o toda catalepsia social. Es por esto que puede señalarse a Bolívar con su radicalismo republicano como el primer campeón de nuestros esfuerzos por una cultura autónoma. En aquella época y en el escenario de América ser republicano significaba decretar nuestra propia personalidad.

Un inteligente examen histórico de la organización de las repúblicas nos muestra que en las dos décadas posteriores al año 10 el sentimiento americanista es más auténtico que en lo que resta de todo el siglo. Tal sentimiento es juvenil, sin complicidad y sin riqueza, porque todavía no hay gran ilustración ni hay contenido histórico. América vuelve entonces nuevamente a ser sobre todo la naturaleza y sus efectos en la vida social. Ya el hombre estaba despierto a la vida de la cultura, pero todavía América seguía siendo un excelente campo para teorías como las de un Spencer o un Ratzel o un Buckle.

Después cuando las clases ilustradas y pudientes pueden con facilidad visitar la Europa y recorrerla como un placer entonces comienza la europeización verdadera, esto es, cuando el alma popular comienza a ver lo importante y perfecto y bello sólo en lo que tiene algo de los grandes países civilizados. Al principio se

imitaron las formas políticas y las instituciones fundamentales, pero después se copiaron todos los hechos frívolos de la vida social, que son precisamente los que más obstruyen todo camino hacia la edificación de la propia personalidad. La europeización de la América Latina es con frecuencia un plan político integral de los gobiernos. Lo fué notoriamente en la Argentina y en Chile. Entonces no se ve más problema social que el conflicto de Sarmiento entre civilización y barbarie, y había que matar la barbarie importando civilización.

Quien sabe no podemos exigir a los hombres de esos tiempos más conducta. Éramos tan pequeños que no podíamos pensar en organizarnos dentro de fórmulas y sistemas propios. Antes de aventurarnos en la historia enteramente solos necesitábamos conocer el manejo de todos los vehículos del progreso. No tengamos, pues, duras exigencias para los representantes de la mentalidad americana que van desde las campañas de Sarmiento hasta la literatura idealista de Rodó.

La reacción americanizante a que asistimos data apenas de quince años. En realidad es posterior a la gran guerra. Ahora es en el arte y las expresiones literarias donde se acentúa nuestra americanidad. Y en el terreno de la vida práctica estamos asistiendo a nuestro latinoamericanismo en economía. El Partido Aprista Peruano lleva por primera vez con toda franqueza, a la plataforma política nuestra liberación económica, nuestra rebelión contra el imperialismo capitalista de las grandes potencias financieras. La trascendencia de este paso tiene que ser gigantesca para la realidad de una modalidad cultural autónoma.

Pues si la naturaleza es con su influjo mágico el diapasón del alma colectiva en lo que esta tiene de subconsciente para aquel perenne diálogo, la naturaleza transformada en factor objetivo de la vida del hombre, no tiene más significado que como depositaria de toda clase de riquezas. Cuando no ha sido completamente dominada es el mayor error político y sociológico no concederle el primer lugar. Entonces la naturaleza se transforma en elemento intelectual de una moralidad activa, o, mejor, de una moral de la actividad. Entonces la naturaleza ya no vale con valor religioso o estético sino con valor económico.

Durante la república, intelectualizado vertiginosamente el mundo latinoamericano, la naturaleza no es más que una cifra más o menos fría en el cálculo del progreso de cada país. América asiste hoy a esta evolucionada forma de las relaciones entre el hombre y su escena física.

Por esta razón el sentimiento de americanidad peligra en lo que él debe tener de reservorio de energías para el grande y grave papel que ha de correspondernos muy pronto en la historia. De una valorización sólo económica de nuestra naturaleza puede pasarse a una valorización puramente comercial y entonces no podría estar garantizada aún la integridad física del continente. Hay que dar, pues, a esta concepción del factor naturaleza, algunas raíces psíquicas más profundas que la apreciación intelectual. La imagen de la mina, del fundo, de la caída de agua, de la tierra colonizable, debemos enmarcarla en la idea intuitiva de la gran patria. En esa idea están todos los contenidos psíquicos y sociológicos que deben desarrollarse en nuestra aspiración americanista, cuyos caminos, por eso, no pueden ser otros que los del arte, de la literatura, de la modalidad política y de la exaltación racial, es decir, de la incorporación de las razas americanas auténticas en las responsabilidades del comando de nuestros pueblos. Ellas que están más en contacto con la naturaleza y que la sienten con mayor fuerza en el eje mismo de sus almas son la garantía mayor de nuestra autonomía espiritual y política. Pero habrá que hacer para ellas la democracia, la ciudadanía y todos los derechos que propugna la justicia social para que se encuentren en condiciones de elevar sobre sus hombros y su corazón la cultura que se extenderá a lo largo de los Andes y las pampas.

Hace ya algunos años que he pronunciado en el Perú estas palabras: Nacionalismo de izquierda. En ellas se expresa la mayor síntesis de un programa que nos conduzca hacia aquella bella y venturosa realidad. Y la doctrina política que mejor responde a ese fin es actualmente la del aprismo peruano.

Nuestra vuelta a las cosas americanas será acaso la del hijo pródigo, que, comprendiendo las grandes perspectivas de la historia, retorna con un poco de desengaño para lanzar en la escena la tierra americana perfectamente revestida de sus insignias y no ya como la dulce Leuconoe que describió la fantasía de Séneca.

El hombre ecuménico se enfrenta al hombre geográfico. El hombre ecuménico ha llegado; el hombre geográfico está en crecimiento. Perdida toda capacidad de mesianismo en la vida, se llena el hombre ecuménico de multitud de credos practicistas. En cambio, el hombre que puede ser señalado como una fuerte provincia en el mapa de la humanidad puede tener todo el resto del mundo como campo de sus proyecciones dominantes. Este

tipo humano, en quien siempre recomienza la historia, edifica con grandiosa ingenuidad toda expresión básica y pura del espíritu: un arte, un pensamiento, una forma de política, un estilo social, quizás una religión nuevamente elemental.

El hombre ecuménico de Keyserling no es más que un deportista, a veces con un leve tic-tac romántico en el alma. Keyserling les niega la patria y los suelta por el mundo. En cambio, el hombre geográfico que encontró sus profetas en Ratzel y Taine vuelve a ser una vez más el espíritu de la tierra, y resucita nuevamente la imagen de Anteo, dando a la humanidad la enésima infancia. Porque para renacer y para morir el hombre busca el misterio de la tierra.

Dejemos, por lo tanto, que crezca del fondo de la naturaleza misma, nuestro espíritu auténtico. Seamos en nuestra América por una, por dos, por tres generaciones más el hombre realmente geográfico. Así organizaremos sociedades, Estados y espíritus que puedan ser llamados originales y que por esto mismo tengan el valor de una salvación frente al caos de lo que llamamos civilización occidental. Los pueblos que ya *han llegado* y que por consiguiente, ya no tienen nueva noche que iluminar, se entretienen en resolver la incidencia del día con tratados de paz, conferencias internacionales y toda clase de mentalidad prohibitiva en lugar de impulsativa.

No siempre las izquierdas del mundo señalan una fuerza renascente. Tienen este valor sólo las que interpretan la liberación de una raza o la autonomía de un sector geográfico definido, paralelamente al cual marcha una frontera sociológica, como el caso de la América Latina. Así el izquierdismo de los pueblos sojuzgados del Asia y el nacionalista de las repúblicas latinoamericanas, son los movimientos de mayor contenido para un renacimiento de la humanidad. Pues el hombre realizó siempre sus grandes hechos no en forma de clases sociales, de grupos ideológicos determinados, sino en forma de pueblos en los que fueron terriblemente fuertes o la raza física o la raza psicológica.

Los términos de Spengler cultura y civilización servirán de método magnífico para interpretar el papel de la América nuestra, para entrever lo más posible su realidad.

Estamos todavía sin historia propia y sin panorama de siglos ciclópeos. Por virtud de las pequeñas islas de progreso dispersas distanciadamente en nuestro territorio nos apresuramos a sentirnos civilizados, sin considerar que civilización no es tanto una cierta expresión de progreso como, más bien, la ausencia de todo sentido trágico de la existencia, sino más bien el desprendimiento del hombre de las cosas eternas y naturales para en-

tregarse a vivir una permanente actualidad, lanzando sobre la flor del mito la lógica del prejuicio.

Nos falta orgullo personal íntimamente sentido; nos falta confianza en nuestros propios hechos. Nuestra psicología individual, por obra de una educación extranjerizante, carece de elementos para enriquecer una psicología colectiva.

Esa falta de fuerza para una autoafirmación, para una fe voluntariosa en el llamado histórico de los años que vendrán, se reemplaza con el afán desorbitado de calzarnos en el espíritu las últimas palabras y formas de la civilización europea. En esta precipitada carrera para ponernos a tono con las sucesivas esquisiteces del progreso cultural transatlántico, no hemos reparado en que ninguna huella de nuestro paso queda en el largo camino, en que la realidad que debiéramos marcar y domeñar con nuestro pie, aparece virgen a nuestras espaldas. Hemos realizado un iluso vuelo de ángeles para sumarnos al coro cosmopolita de la Europa, mientras que la América nuestra esperaba al esforzado héroe civil de su cultura, de labor propiamente creadora. Nuestra historia espiritual republicana es el leve y caótico polvo que las alas del ángel levantaron a su paso.

Queremos tocar ya la cinta final de la gran prueba de velocidad cuando nuestra realidad sociológica es una abrumadora Babel, en la cual no se puede ser ultracivilizado más que por ficción o por excepción. Nuestra América ofrece así el cuadro sorprendente de pueblos donde deben llamarse compatriotas y hasta conciudadanos desde el salvaje semi-antropófago hasta el fino y estilizado señorón de nuestras capitales. Gracias a tal prueba de una falsa y desesperada velocidad, hemos creado para la Europa sonriente el tipo del «rastacuero».

Pues ha faltado en el proceso de nuestro avance cultural y social la etapa bárbara. Nuestro crecimiento ha violentado las leyes de la naturaleza; para la América oficialmente civilizada de ahora no ha habido adolescencia ni juventud. El espectáculo psicológico e histórico que presentan sus minorías capitolinas es el de una senilidad prematura y forzada. Nos ha faltado vivir y realizar el momento más épico y grandioso de un desenvolvimiento histórico; el período bárbaro. El es precisamente la estación más fecunda y enérgica en el itinerario de un pueblo o de un conjunto unánime de naciones.

En el estado bárbaro el hombre es espíritu; en el estado de civilización el hombre es alma. El alma es el goce sibarítico de los grandes depósitos culturales de un largo pasado; el espíritu es el momento del acopio y forja tenaz de todos los tesoros intrínsecos que una sociedad ofrece de sí en su desenvolvimiento

histórico-biológico. Mientras que la civilización es una artificiosa finanza telefónica desde el fondo de un gabinete, el estado bárbaro es el del hombre en su diálogo creador con la tierra y con los elementos: su economía es una suma cósmica.

En la etapa bárbara pone en libre actividad todas sus fuerzas elementales y puras y deja que más que la razón standardizada la voluntad les imponga una trayectoria. Sólo en ese momento la acción del hombre es realmente creadora. Nada ha sucedido todavía que falsifique y recubra su fuerte y honda psiquis, su potente laboratorio interior. Nada ha sucedido todavía que le distraiga de su labor de siembra de riquezas psicológicas. En el período bárbaro del crecimiento colectivo el individuo sí que es naturaleza, porque participa del metabolismo psíquico de la colectividad propiciado por las influencias de la tierra. Es el período en que un pueblo se siente solo en el mundo y entonces acepta instintivamente echarse encima la responsabilidad de realizar su propio destino. Cuando su misión así creadora se ha cumplido, entonces, después de los siglos, ante las frías miradas del historiador o del filósofo, aparece flotando sobre la superficie de la humanidad una civilización original. Tal ha sido la trayectoria de todas las civilizaciones originales, que en seguida son fuente pasiva de imitación y absorción para producir al hombre uniforme.

Las grandes creaciones primarias de la vida, que surgen con caracteres de eternidad (arte, religión, derecho moral, concepto del Estado), se elaboran en el sentimiento de los individuos cuando todavía no han asomado a la hora narcisista de una civilización quintaesenciada. El alma civilizada en el momento más interno que pueda tener no cumple más que el papel del avaro que se ilumina de fiesta ante las riquezas que no contribuyó a crear. El avaro no es ni minero, ni forjador, ni artífice, ni sembrador: es simplemente comerciante, es simplemente coleccionista.

Nunca se verá en la historia una familia de pueblos que reúna como los pueblos de América tantas condiciones para organizar su propio espíritu y sus propios valores culturales. Ya no aparecerán nuevos continentes ni nuevas razas ni nuevas sociedades típicas tras las distancias. Después de la palabra de América todo lo que podamos llamar espíritu nuevo no será más que una sucesión de renacimientos. Por lo menos dentro del panorama futuro que pueden abarcar nuestros ojos de hoy.

En nuestro escenario de Méjico a Magallanes las izquierdas representan el espíritu; ellas son la naturaleza fecunda para el período bárbaro que necesita nuestro grupo de naciones si aspira

a timonear y a nutrir la humanidad futura. Pero no serán precisamente las izquierdas imitativas de tinte ruso sino las izquierdas que reciben su impulso de realidades y sentimientos americanistas de sentido revolucionario, cuyo contenido tiende por fuerza que ser más rico porque va mucho más lejos que la sola transformación del Estado.

Yo hago un llamado a las juventudes meditativas de América a representar esta posición nueva para cumplir un grande y bello compromiso histórico.

Cierto es que en las razas aisladas que han brotado zoológicamente en una escena geográfica las grandes creaciones del espíritu popular necesitan un desfile de siglos para cuajarse. Hoy la búsqueda intencionada de esta naturalidad resultaría artificiosa, porque habría antes que negar y destruir un siglo de progreso en las comunicaciones y en los medios del tránsito. La locomotora, el automóvil, el avión, el barco, el alambre telefónico y el radio han destruído para siempre aquella posibilidad grandiosa del renacer de la humanidad como un brote animal dentro de la geografía. ¿Qué esperanza habría de que se repitiera para todos esos inventos la suerte de la pólvora y la brújula, varias veces descubiertas por el hombre?

Pero de todas maneras podemos negar a la América Latina como colonia intelectual de Europa. Para esto Europa misma sobre su red espesa de comunicaciones nos da el ejemplo de las expresiones geográficas. En Europa conviven las más diversas almas sin que sus fronteras psicológicas hayan peligrado jamás. Nuestros pueblos americanos pueden adoptar así toda la técnica conquistada por la civilización, sin enajenar jamás sus íntimas originalidades de espíritu.

Se trata de un formidable problema de cultura colectiva: ¿cómo edificar una personalidad original sin oponerse a la invasión de la técnica evolucionada de la Europa y los Estados Unidos? Miremos al pueblo japonés, que en esta fecha ha adoptado más que nosotros la técnica occidental sin haberse desjaponizado íntimamente. ¿Es que se trata de un pueblo sin vínculos raciales e históricos con los pueblos europeos? Cierto; pero es que mientras el japonés es conservador y afianza fácilmente en su antigüedad su expresión personal, el latinoamericano es un hombre para el porvenir y entonces tiene que ser consciente de su propio mañana y buscar su personalidad por medio de la rebelión contra todas las fuerzas coercitivas que provienen de sus elemen-

tos extranjeros (historia, religión, idioma, porcentaje racial). Tal rebelión tiene que ser de esa manera en la mente de unos cuantos directores una actitud premeditada que prenda en la colectividad en forma de profunda devoción psicológica. Contra la técnica que es extranjera opondremos así, con todo éxito, nuestro gran porcentaje racial que es americano y nuestra geografía con su influyente poder telúrico.

Seamos fuertes; pongámonos en la portada de una gran perspectiva histórica; decidámonos a triunfar en esta fórmula: adoptemos el progreso material de los pueblos viejos y rechacemos su alma.

Yo creo que está ya consumada la fórmula «eurindia»; que ya hay alma indo-europea. Pero solamente indo-europea, aunque Ricardo Rojas apunte que ya puede hablarse de cultura americana porque, según él, no tienen sentido para nosotros las palabras antisemitismo, imperialismo, militarismo, ni se ve el conflicto entre monarquía y república y democracia. También en la ausencia de la cuestión religiosa ve Rojas una característica propia de nuestros pueblos. Debo observar que si entre nosotros no tienen vida esos conflictos es porque nacimos sin ellos a la vida independiente organizada, porque cuando constituímos nuestras repúblicas estaban ya resueltos muchos de esos problemas, de manera que no podemos gloriarnos de haber evolutivamente llegado a la solución de ellos. En todo caso si por eso nos diferenciamos de las naciones europeas nuestra alegada cultura sería de una significación negativa; sería una cultura caracterizada por ausencia y no por presencia de contenidos. En cambio, está bien Rojas cuando concede importancia a la naturaleza al decir que nuestra cultura es enteca y materialista porque no tiene influencia del espíritu de la tierra como antes de la conquista. «Nuestras autonomías regionales—dice también Rojas manteniendo el mismo pensamiento—no han sido capricho de sus libertadores sino consecuencia de sus necesidades y tradiciones civiles localizadas en una ciudad»

Seamos, por lo tanto, más radicales. La fórmula «eurindia» es la que hoy vive la América latina. Pero ella, según podemos observarlo, carece de un grande porvenir histórico; la realidad euríndica puede tener la misma degeneración que el «panamericanismo».

Problema fuerte para la misión de pensadores, de artistas, de políticos y de sociólogos; y aun para los directores de industria. Todos tendrían que enlistarse en un sólo partido ideológico americanista; realizar su propia resurrección después de haber abatido al hombre europeo dentro de su propio sér. Estrangulado

el hombre europeo que les acompaña estaría hecho lo más difícil de la jornada: casi espontáneamente se edificaría después el hombre americano.

Una aparente paradoja puede señalar esa conversión hacia nuestra propia personalidad, paradoja que será una suprema síntesis de todos los esfuerzos encauzados en ese sentido: el realismo idealista.

Una suprema aspiración de los pueblos para muchos tal vez con todas las distantes vaguedades de la utopía, concretado en un programa de hechos inmediatos. El hombre latinoamericano en esta hora de inteligencia podría perfectamente armonizar sus direcciones intelectuales con sus impulsos cósmicos alimentados en la naturaleza, la raza y la historia.

Realismo en la política, realismo en el arte y la literatura, realismo en la educación, realismo en la voluntad. ¿Qué realismo? ¿Cómo ponerlo en plataformas de política, de estética y de acción social? No podrán nunca dibujarse los contornos de nuestra personalidad psicológica si no se dibujan, previamente, los contornos de nuestra personalidad material. Para hablar de un triunfo de la autonomía del espíritu hay que conquistar primero nuestra suficiencia biológica, hay que destruir todo colonialismo físico. Por el momento no podríamos incluir dentro de este propósito una xenofobia de la técnica y de la máquina en general. Así que el esfuerzo por edificar nuestra cultura, aceptando ciencia y técnica extranjeras, culminará en cierto momento histórico en que podamos proporcionarnos nuestros propios instrumentos materiales de progreso. He aquí declarado entonces sólo transitoriamente nuestro papel de imitadores del progreso técnico.

Por eso las posiciones de algunas ideologías latinoamericanas en favor de nuestra liberación económica marcan el comienzo de ese gigantesco plan. El realismo en la política no sería otra cosa que el propósito consciente de servir a aquella gran finalidad, procurando organizar y vitalizar las fuerzas vivas de cada uno de nuestros países: industrias extractivas y fabriles, agricultura, comercio, técnica de la administración, transportes y comunicaciones terrestres y marítimas. El primer efecto psicológico será el orgullo de la propia suficiencia, contenido valioso en la formación de toda cultura.

El eje de tal plan de idealismo realista estará indudablemente en la educación más que en las actividades estéticas porque la

educación puede ser más canalizada y dirigida hacia finalidades previstas. En primer lugar habría que descubrir el tipo de escuela, colegio y universidad que necesitan nuestros países y señalar la clase de estudios que formen el cuerpo principal de la enseñanza. No será difícil a los dirigentes de la instrucción pública encontrar este *leit-motiv* de la educación. El sentido del lugar deberá predominar sobre el sentido del tiempo. Ningún aspecto de la enseñanza deberá perder de vista que se está en América y que se educa a americanos responsables o corresponsables de la humanidad del porvenir. Negada la importancia del sentido del tiempo, cometeremos muchas injusticias históricas, como sucede con frecuencia en los estudios históricos y humanistas comparados, pero es una de las fórmulas más juiciosas para construir los propios valores. Es el fenómeno psicológico que se ha visto muchas veces cuando una civilización se ha enfrentado a otra. Sólo bajo el imperio de una humanidad unánime se puede ser indiferente a toda simpatía y selección finalistas.

En la literatura y el arte es posible dibujar ya un movimiento americanista sin ser notoriamente folklórico. El problema consiste en estetizar el elemento nativo sin adulterarlo; y en crear una nueva sensibilidad en el público. para que críticos como Alberto Gerchunoff no tengan que pronosticar la muerte del arte americanista antes de que nazca. Quiso Gerchunoff afirmar que el arte americano no tenía porvenir porque el público (el público medio debemos entender) no podría abandonar su sensibilidad europeizada, sin comprender que tal público nunca tuvo en sus manos la dirección del arte y que, por el contrario, es fácilmente conducible hacia nuevas orientaciones.

Lo más interesante dentro de la perspectiva estética es que ciencias como la arqueología, la sociología histórica, la filología y otras del conocimiento del pasado americano tendrán que colaborar directamente en las futuras creaciones estéticas hasta su punto en que ellas mismas tengan significados de belleza.

El realismo en la voluntad ha de tener su realización en el fenómeno de la crueldad histórica. No se puede crear una profunda presencia del yo en la vida de un pueblo sin una beligerancia, franca o hábil y sutil, contra otras entidades frente a las cuales uno quiere levantarse. La crueldad histórica es una reacción; un ataque, una ingratitud de las edades contra las edades o de las naciones contra las naciones. En la vida sociológica y espiritual la negación es principio de fuerza. Estas rebeliones no crean abismos materiales definitivos, sino que consisten más bien en actitudes psíquicas vigilantes. Roma, aceptando gran

parte de la cultura griega, significa una reacción contra el estilo de la vida helénica. Una escuela de arte surge contra otra, olvidando que, en sí, no es más que su culminación, y en la dialéctica social el comunismo de hoy se rebela contra el socialismo que en la segunda mitad del siglo pasado fué su maestro en el adiestramiento de las masas y en la siembra de la conciencia clasista.

Repetir para nuestras posibilidades de mañana una imagen de la rebelión filial de Bolívar, representativo del movimiento de independencia americana. La verdadera rebelión está en el radicalismo de Bolívar, mientras que en Rivadavia, San Martín y tantos otros hombres de la libertad, sólo existe la separación. Pudo conquistarse la independencia sin la rebelión de los hijos contra la madre, y que por sí misma (la rebelión) propiciaba un espíritu nuevo. Por eso la importancia de exaltar a Bolívar cuando se defiende la fundación de nuestra cultura.

Sólo grandes ambiciones salvarán a nuestros pueblos del círculo materialista de nuestra época. Al pueblo slavo en la vanguardia de las posibilidades, opongamos el pueblo indoamericano. Hay no sólo una fuerte vida sino una honda belleza en la suprema voluntad de hacernos los timoneros de la humanidad futura.—R A M I R O P É R E Z R E I N O S O.